

¿Biblioteca virtual?

El término se repite con frecuencia, en las conversaciones, en los medios, y hasta en la literatura profesional, como si se tratase de una evidencia. Sin embargo, al mirarlo más de cerca, uno se siente embargado por la duda.

En la Bpi, cada día se experimenta un cierto tipo de biblioteca bien real: un espacio, una colección enciclopédica, un catálogo para orientarse, mesas para leer, aparatos para consultar los documentos audiovisuales o electrónicos y lectores, lectores hasta nunca acabar, alrededor de 7.000 al día. Una humanidad impresionante, una y múltiple, abigarrada, ruidosa y silenciosa, distraída y atenta, que desgasta la moqueta y los libros con ganas. En resumen, un mundo que no tiene nada de virtual. Es por lo que, si acuden a hablar a los bibliotecarios

de la Bpi sobre biblioteca virtual, les sonreirán amablemente. No es que rechacen el progreso. Estuvieron entre los primeros en conectarse en línea, en concluir un sitio en la Web, en dar acceso a Internet poniendo a disposición de los lectores puestos con acceso libre. Desde hace años realizan un trabajo considerable para enriquecer la oferta documental impresa por medio de recursos electrónicos cada vez más numerosos, se presentan en soporte fijo o en línea. Pero sería absurdo pretender que esos recursos transformen a la Bpi en biblioteca virtual. A lo sumo se recalcará de qué manera la biblioteca rompe con su finitud, lo que es otro concepto. Por otro lado, como se sabe bien, en la Bpi el público a distancia está tan bien tratado como el público en sala; los bibliotecarios proponen un servicio de respuesta a

distancia casi único en el paisaje de las bibliotecas públicas francesas.

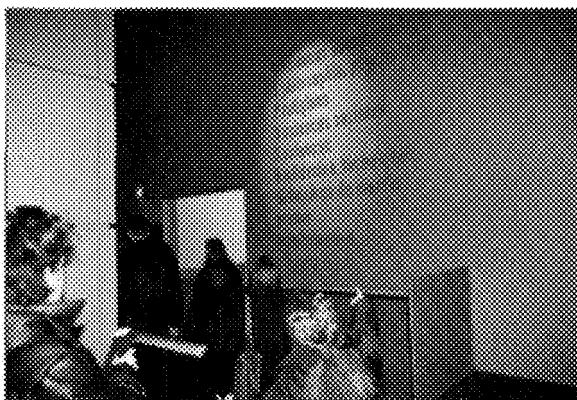
Pero eso no hace virtual a una biblioteca. No al menos en el sentido en que se habla habitualmente de realidad virtual, esta metodología nacida de la informática, la óptica y la robótica, que trata de desarrollar espacios específicos que se superponen a lo real para simularlo y sustituirlo. Es primero una cuestión ontológica: si admitimos que una biblioteca da acceso a contenidos cargados de conocimiento, de saber

y, a fin de cuentas, de verdad, existe una antinomia. En efecto, ¿qué podría ser un simulacro del saber, sino un retorno a las sombras de la caverna? Desde luego Platón, y después Hegel, nos han advertido contra los vértigos de lo escrito y su capacidad embaucadora. En cuanto a las imágenes, bien sabe-

mos que sobre ellas pesa desde siempre una sombría maldición. Pero poco a poco hemos aprendido a dominar esas materias primas, a refinarlas, a ordenarlas, a relacionarlas con la realidad, de la que nos hablan.

Nada semejante con lo virtual, salvo que supongamos que lo virtual representa estrictamente el mundo real, como es el caso, por lo demás, para toda una serie de aplicaciones industriales, en aeronáutica, en arquitectura, en medicina, etcétera. Evidentemente, nada prohíbe imaginar que, mañana, un lector a distancia, con tal que esté pertrechado de un casco con pantalla catódica o de un guante sensitivo, ingrese en los espacios de la biblioteca reconstruida en 3D, se pasee por las estanterías y al azar del botín, retire un libro de las estanterías, lo hojee, lo vuelva a dejar, o

“¿Cómo conciliar los principios fundamentales, libertad de acceso y gratuidad de la información, de un servicio cultural de masas como la Bpi, con el desarrollo de la net-economía que se basa, esencialmente, en la individualización de la prestación y el pago en el acto?”



Llegada al nivel 2

lo tome en préstamo, cargándolo en el último modelo de *e-book* de tinta electrónica. Quizás entonces pueda hablarse de visita virtual a una biblioteca virtual. Pero estamos lejos, muy lejos, de poder dar origen a una hipótesis semejante. En efecto, no estamos en vísperas de que el patrimonio impreso y gráfico, disponible en las estanterías de las bibliotecas, sea accesible en línea: los obstáculos técnicos, jurídicos y, sobre todo, económicos, a un proyecto semejante, son demasiado numerosos como para que vea el día antes de mucho tiempo.

Es decir, no puede existir confusión entre la biblioteca real y una realidad diferente que, sin ningún motivo, se califica de virtual, que es la de la oferta a distancia desarro-

llada por numerosas bibliotecas. Para muchas de ellas, el sitio Web y la oferta a distancia tienen fundamentalmente como objetivo valorizar y rentabilizar el establecimiento atrayendo nuevos lectores. Por ejemplo, la puesta en línea del catálogo permite informar sobre la disponibilidad de los documentos en el seno de la biblioteca; los anuncios de exposiciones y las exposiciones "virtuales" se reconocen como una invitación a la visita. Podrían multiplicarse los ejemplos de esta estrategia, tanto más clara cuanto que hace pasar por objetivo mayor a la colectividad donde se ubica la biblioteca: el municipio, la provincia, la universidad. Al menos, en ese caso, puede hablarse de comunidad virtual de lectores: se trata de una comunidad de hecho identificada por la pertenencia a un territorio. Pero no es el caso para bibliotecas como la Biblioteca Nacional de Francia o la Bpi. Por tanto, el problema para la Bpi no es desarrollar una biblioteca virtual, que sería un simulacro de la biblioteca real —como hemos visto, un objetivo

completamente vano—, sino tomar en cuenta al lector a distancia, en toda su diversidad, para intentar responder a lo que esperan por una oferta apropiada y, en cierta manera, específica. Aquí es donde el zapato aprieta porque, hasta ahora, sin duda hemos tenido demasiada tendencia a querer reproducir, cueste lo que cueste, el modelo de la biblioteca real, mientras que, en realidad, todo debe ser pensado diferentemente. No es que no haya, claro está, numerosas pasarelas. De tal manera, una amplia reflexión sobre la oferta a distancia podría ayudarnos, indirectamente, a volver más visibles los numerosos recursos electrónicos que, ya desde ahora, ofrece la biblioteca, pero que permanecen subutilizados porque no se hacen ver tan manifiestamente como lo impreso.

Pero éste no es más que un aspecto secundario respecto a las verdaderas cuestiones que plantea la oferta a distancia. En primer lugar, ¿cómo paliar la ausencia del bibliotecario que en la biblioteca real siempre está presente, en caso de necesidad, para establecer el vínculo entre el paso obligado por los criterios pobres y aparentemente limitados del catálogo (autor, título, etcétera) y un saber intuitivo, infi-

"Habrán comprendido que preferimos, en vez de un concepto de biblioteca virtual que compete demasiado exclusivamente a la ideología tecnológica, un programa de biblioteca en línea y de oferta a distancia que sitúa al usuario y sus prácticas en el corazón de la problemática de la biblioteca"

nitamente más amplio, que con frecuencia permite encontrar la respuesta correcta a una pregunta? Al catálogo actual, ¿no hay que sustituir o al menos agregar un sistema de cartografía inteligente que permita restituir cada dato en su "árbol de la sabiduría"? He aquí una inmensa obra que un esta-

blecimiento como la Bpi no podría ella sola sacar adelante, pero a la que puede y debe contribuir. Obsérvese que también es el camino obligado para una redefinición del enciclopedismo, tema que hoy se plantea masivamente.

A continuación, ¿hasta dónde hay que ir en el trabajo de localización y reenvío hacia otros sitios para constituir un espacio común a todas las bibliotecas? En efecto, todo transcurre como si la historia tartamudeara. Durante mucho tiempo, cada biblioteca catalogaba sus propias obras, repitiéndose hasta el absurdo el mismo trabajo de una biblioteca a otra. Ese tiempo pasó, pero todavía numerosas bibliotecas hacen el mismo trabajo de localizar los mismos sitios para señalarlos a sus lectores: los marcapáginas de la Biblioteca Nacional de Francia, los sitios Web de la Bpi, etcétera. Y el pobre lector tiene que pasar de una biblioteca a otra para saber quien recomienda qué. Este sería un buen servicio a prestar al lector distante, simplificándole la tarea en este ámbito. La Bpi

está resuelta a contribuir a ello, impulsando la necesaria voluntad colectiva que debería acompañar semejante proyecto. Todavía habrá que vencer algunas resistencias para conseguir admitir que, en ese ámbito, los bibliotecarios deberán cada vez más recurrir a “agentes inteligentes”, puros productos tecnológicos que nunca han pasado por ninguna escuela de biblioteconomía.

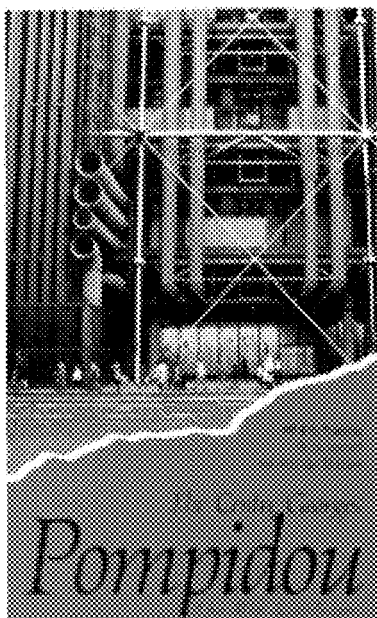
Por último, y especialmente, la gran cuestión que plantea el desarrollo de una oferta a distancia que sea realmente específica, es la de la individualización del servicio propuesto. Mientras que es posible, en cierta medida, negociar con los editores o con los poseedores de los derechos para poner a disposición recursos en un espacio dado, en un número de puestos determinado de antemano, la cuestión se torna extremadamente compleja cuando se trata de extender esta prestación a un número infinito de usuarios potenciales, sobre todo para una biblioteca que, como la Bpi, siempre ha rechazado obligar al usuario a identificarse con el fin de no violar en lo que sea el principio de la total libertad de acceso. De hecho, se

da aquí una forma de aporía que abordamos con la sensación de entrar en *terra incognita*. ¿Cómo conciliar los principios fundamentales, libertad de acceso y gratuidad de la información, de un servicio cultural de masas como la Bpi, con el desarrollo de la net-economía que se basa, esencialmente, en la individualización de la prestación y el pago en el acto? Sin duda alguna la Bpi será emblemática de las respuestas que puedan ser aportadas por los bibliotecarios, pero también, y sobre todo, por los poderes públicos.

Tras la lectura de estas líneas habrán comprendido que preferimos, en vez de un concepto de biblioteca virtual que compete demasiado exclusivamente a la ideología tecnológica, un programa de biblioteca en línea y de oferta a distancia que sitúa al usuario y sus prácticas en el corazón de la problemática de la biblioteca. ■

Gérald Grunberg. Director de la Bpi

Traducción de Ramón Salaberria



Dinámica de la ausencia

Hace ya tiempo que las bibliotecas proponen exposiciones a sus públicos, entrando incluso implícitamente en algunas modalidades de la transmisión del saber. Incluso si permanece implícito, los cánones de la exposición dictan su deber al comisario, se imponen al público en el acto de la obra expuesta, en el principio de la confrontación, la relación misterio-

sa de la emoción y de la enseñanza, la sutil dosificación de lo sensible y de lo inteligible. Los bibliotecarios-comisarios subrayan de buena gana que la materia que conservan, y que tienen por misión animar a través de la exposición, pertenece a la esfera de lo mostrable en menor medida que las colecciones de un museo de Bellas Artes. Por lo tanto han debido